



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Moreno Velador, Octavio Humberto; Figueroa Ibarra, Carlos Alberto
La manipulación del miedo y el espejo populista
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 46, mayo, 2013, pp. 33-47
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50926335003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La manipulación del miedo y el espejo populista

The Manipulation of Fear and the Populist Mirror

Octavio Humberto Moreno Velador

Doctorando en Sociología, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

Correo electrónico: octaviohmoreno@gmail.com

Carlos Alberto Figueroa Ibarra

Doctor en Sociología. Profesor investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

Correo electrónico: carlosfigueroaibarra@yahoo.com.mx

Fecha de recepción: diciembre 2012

Fecha de aceptación: marzo 2013

Resumen

La confrontación entre aquellos para los que el populismo del siglo XX significó una oportunidad para la mejora de sus condiciones de vida e inclusión en la vida política nacional y para quienes implicó la pérdida de privilegios políticos y económicos mantenidos durante generaciones ha marcado la pauta sobre cómo ha sido abordado el fenómeno populista desde entonces. En consonancia con los debates clásicos, para muchos el populismo sigue siendo una amenaza que recorre América Latina. El concebir al populismo de esta manera implica una agitación del miedo como arma política. Sin embargo, para otros, dentro del complejo fenómeno populista yace el histórico reclamo de auténtica igualdad, no solo política sino también socioeconómica. Un aspecto que a nuestro entender lo hace digno de una revisión desprejuiciada y dispuesta a reconocer (con sus salvedades) el valor y la importancia que tiene tanto histórica como contemporáneamente el fenómeno populista.

Descriptores: populismo, democracia, neoliberalismo, igualdad, miedo.

Abstract

The confrontation between those for whom 20th century populism meant improved life conditions and an inclusion in national politics, and those for whom it meant losing the economic and political privileges their families had maintained for generations, has set the tone for how the populist issue has been approached since then. In line with these classical debates, many people continue to view populism as a growing threat throughout Latin America. The fact that populism is conceived in this way implies that there is an unrest due fear, which is being used as a political tool. Nevertheless, for other people, the complex phenomenon of populism includes the historical demand for genuine political and socioeconomic equality. We consider the previous aspect worthy enough to revise the historical as well as current importance of the populist movement (including its shortcomings) in a non-subjective manner.

Keywords: populism, democracy, neoliberalism, equality, fear.

En un libro clásico sobre el tema Ghita Ionescu y Ernest Gellner (1969) describieron al populismo como un fantasma que se cernía sobre el mundo, como una ideología que se encontraba fuertemente emparentada con el comunismo y que poco a poco comenzaba a conquistar espacios en América Latina a mediados del siglo XX. Un fenómeno que tendía a desestabilizar el orden político, económico y social de toda la región al limitar los poderes de los grupos que habían gozado del control político y económico desde el siglo XIX. Y al igual que en el caso del fantasma del comunismo, el del populismo ha generado reacciones en sus adversarios. Además de su anatematización, el populismo (real o supuesto) ha sido blandido como un peligro que tiene que ser férreamente combatido. La emergencia de gobiernos de centro izquierda o izquierda en América Latina –los llamados gobiernos progresistas– han acicateado la imagen de un temible resurgimiento populista. Ha emergido una propaganda negra, con base en la caracterización discutible de dichos gobiernos como populistas. Como siempre la propaganda negra hace falsas caracterizaciones y construye al miedo como recurso movilizador para combatir a la nueva amenaza, aquella que ha venido a sustituir al comunismo.

Tres concepciones clásicas sobre el populismo

En el caso de América Latina los estudios clásicos sobre populismo se ocuparon de describir la participación política de las masas urbanas como un fenómeno nuevo que emergió después de 1910 y que distinguió al siglo XX del anterior (Arrom y Ortoll, 2004:11). A diferencia del *Populist Party* estadounidense y del *Narodnichestvo* ruso, quienes se autodenominaron como movimientos populistas, en los casos latinoamericanos la denominación “populista” fue producto de una perspectiva externa; una perspectiva elaborada desde los análisis que se dieron posteriormente, ya que ni aun en los casos más connotados y reconocidos ampliamente como tales existió una autodenominación por parte de sus líderes o partidarios. La denominación populista fue más un producto analítico que un calificativo autoimpuesto (Vilas, 1995).

Fenómenos centrales en la historia de algunos países y sus gobiernos más emblemáticos fueron caracterizados como populistas: el peronismo en Argentina, el varguismo en Brasil, Acción Democrática en Venezuela y el cardenismo en México. Durante el siglo XX, la sociología latinoamericana asumió esta caracterización y le dio una consistencia sociológica. Los populismos fueron, entonces, movimientos sociales y gobiernos nacionales que constituyeron aportes importantes en la modernización y formación de los estados-nación durante los primeros años del siglo XX. De acuerdo con la mayoría de los análisis realizados durante la segunda mitad del siglo XX, los gérmenes del populismo se podían encontrar en los cambios del orden político a nivel

mundial y en la reestructuración del orden capitalista internacional. Ambos aspectos cooperaron para que en América Latina se incentivara la industrialización y el fortalecimiento de las economías nacionales a nivel interno. Un producto de esta transformación fue la migración de grandes grupos de campesinos a las ciudades en busca de empleo. En este contexto, el populismo como movimiento de masas se alimentó del gran agregado social recién llegado a las ciudades, el cual terminó por convertirse en un nuevo actor político y pugnó (aunque fuera indirectamente) por su inclusión en estados que históricamente no se habían caracterizado por ser inclusivos¹.

Si bien la mayoría de los autores coinciden en la tesis de que los fenómenos populistas latinoamericanos surgen como movimientos sociopolíticos y, en algunos casos, como regímenes estatales, en aquellas fases históricas caracterizadas como de transición de una economía predominantemente agrícola a una economía industrial, las tendencias teórico explicativas que han abordado el fenómeno han variado en sus enfoques y conclusiones (Bobbio y Mateucci, 1982: 1288). Para un autor como Gino Germani el populismo constituye un tipo particular de movimiento social y político provocado por un desorden “asincrónico” generado en el proceso de transición de una sociedad tradicional a una sociedad industrial (Germani, 1979: 130,131). En esta dinámica determinados sectores sociales, tradicionalmente pasivos, comienzan a incorporarse activamente a la vida social y política de una sociedad determinada, ya sea como movimientos de protesta o bien a través de la acción orgánica de instituciones políticas. Desde la perspectiva de Germani, los fenómenos europeos de movilización popular, provocados por la industrialización y la urbanización, se lograron constituir de manera orgánica dentro de los marcos institucionales integrados legalmente al aparato estatal como partidos políticos y asociaciones profesionales. En contraste con aquellos casos, en América Latina los patrones ideológicos tradicionales no permitieron la inclusión de la movilización popular a los marcos de acción y de pensamiento propios de las sociedades más avanzadas. Por el contrario, estos terminaron subrayando sus rasgos de sociedad “atrasada”. De esta forma se habría generado la imposibilidad para que la movilización se sucediera bajo los marcos de una integración basada en los postulados de una sociedad moderna, y, en consecuencia, los movimientos “nacional-populares” resultarían una tendencia no institucional, de tipo anómala, que solo comprobaría el atraso de algunos sectores de estas sociedades. De esta forma, el populismo permitió el surgimiento de nuevas élites políticas nacionales que pudieron disponer de los medios y las condiciones para “manipular” a las masas de acuerdo con sus fines políticos particulares, es decir, la manipulación política de las clases populares por parte de élites políticas (Germani, 1977: 32).

Otro autor que se ocupó del populismo es Torcuato Di Tella, quien se enfocó especialmente en analizar a las élites involucradas en el desarrollo del fenómeno.

1 Algunos autores que han participado de esta interpretación del fenómeno son: Altman (1979), Cavarozzi (1994), Córdova (1974), Ianni (1975), Ionescu y Gellner (1969), Vilas (1994).

Desde su perspectiva, en las “zonas subdesarrolladas del mundo”, en “lugar del liberalismo o el obrerismo hallamos una variedad de movimientos políticos que, a falta de un término más adecuado, han sido a menudo designados con el concepto múltiple de populismo” (Di Tella, 1977: 39). Di Tella señaló que el traspaso de una sociedad tradicional a una en vías de modernidad implica el surgimiento de una gran cantidad de “energías” sociales, motivadas por una “elevación de las aspiraciones” sociales, que, contrastadas con los problemas del subdesarrollo y sus manifestaciones ideológicas, terminaría por producir un *impasse*, al subir las aspiraciones “muy por encima de las posibilidades de satisfacerlas” (Di Tella, 1977:41). Así, los grupos que tradicionalmente no habrían formado parte de la toma de decisiones o contado con una representación institucional suficiente, al transformarse las condiciones de su sociedad tradicional, terminarían por exigir su inclusión en los beneficios políticos y en las decisiones políticas nacionales.

La consecuencia más importante de esta situación sería la pérdida de equilibrio de las estructuras previas a los períodos claves de transición económica, lo que provocaría que las clases populares terminaran por “acumular resentimiento y rumiar nuevas ideas y formas de cambiar las cosas”. Ante esta situación cualquier orden social se vería en franca inestabilidad, aprovechada por gente “incongruente” ubicada principalmente en las élites que, con base en la movilización de sus recursos, aprovecharían la oportunidad para ganar políticamente. El populismo quedaría planteado en términos generales como: “un movimiento político con fuerte apoyo popular, con la participación de sectores de clases no obreras con importante influencia en el partido y sustentador de una ideología anti-statu quo” (Di Tella, 1965:398).

Como se puede observar, tanto Germani como Di Tella son autores que abordan el estudio del populismo desde una perspectiva basada en los paradigmas de la modernización. Una objeción importante a ambos análisis es que poseen intrínsecamente un problema teleológico en sus postulados, dado que asumen que la asincronía característica del populismo es producto de un atraso en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas y su solución estaría en adoptar los esquemas institucionales de los países europeos. En este sentido, es evidente el espíritu ahistórico de dichos análisis, en tanto no abordan el conjunto de condiciones económicas, políticas y sociales que provocaron el desarrollo particular de las sociedades latinoamericanas. En consecuencia, la comparación entre los casos latinoamericanos y las tendencias de los casos europeos se entrapa en una teleología en la que el “populismo” solo cabe como sinónimo de subdesarrollo y corrupción política. Además de convertirlo en un concepto estéril para explicar lo acontecido en América Latina, también vuelve imposible la explicación de la presencia del populismo en Europa y otros lugares “desarrollados”.

Otro autor que enfocó una parte de sus esfuerzos en el análisis del populismo fue Octavio Ianni. Para Ianni, el populismo podría definirse como la “búsqueda de una combinación entre las tendencias del sistema social y las determinaciones de la de-

pendencia económica” (Ianni, 1980: 17). Parte indispensable de este fenómeno estaría dado por las “masas asalariadas” como el “elemento político dinámico y creador” que permitiría la “reelaboración de la estructura y las atribuciones del Estado” (Ianni, 1980: 17). Este autor caracteriza el populismo como “un movimiento de masas que aparece en el centro de las rupturas estructurales que acompañan a las crisis del sistema capitalista mundial y las correspondientes crisis de las oligarquías latinoamericanas” (Ianni, 1977: 85). El momento fundamental que dio paso al surgimiento de los movimientos populistas estaría marcado por la crisis del Estado oligárquico en América Latina, ese régimen construido por las oligarquías liberales o autoritarias que se construyeron durante el siglo XIX, y que obedecían a fuerzas locales y regionales expresadas política y administrativamente por el Estado. Fue este período uno en el que los partidos políticos y las organizaciones políticas no actuaban como contrapeso efectivo al poder oligárquico, como en los casos europeos. En este contexto, el populismo latinoamericano se presenta como un momento intermedio entre la formación de una sociedad nacional y las presiones de una economía dependiente cimentadas en la formación de una nueva economía industrial. Las nuevas relaciones de clase (surgidas con la urbanización, la inmigración, el desarrollo industrial, el crecimiento del sector de servicios, etc.) ponían en jaque aquel compromiso (relacionado con la anterior estructura oligárquica y despótica latinoamericana), colocándolo a la luz de una contradicción profunda (Ianni, 1977).

A razón de los cambios en las estructuras económicas exteriores, principalmente durante los años veinte y treinta, se presentó en muchos países una expansión de los núcleos urbanos y la creación de numerosas fábricas de productos de primera necesidad. Esto dio origen a una demanda real orientada hacia el consumo interno y provocó tanto el fortalecimiento de las empresas existentes como la instalación de nuevas fábricas, así como el surgimiento del sector terciario de servicios en las ciudades. Este cambio y expansión de la economía generó un tipo de efecto multiplicador sobre el conjunto de las condiciones económicas y sociales de muchos países e indujo a las clases obreras a que tomaran un rol político importante en las relaciones tanto de producción como políticas, originando una nueva estructura de clases que rompió con las estructuras de dominación construidas en función de una economía dependiente. Dicha transformación ocasionó que las masas trabajadoras abandonaran progresivamente sus valores culturales de tipo comunitario y fueran sustituidos por los nuevos valores creados en el ambiente industrial. Este gran grupo social fue el elemento que aportó en gran medida el capital social del propio movimiento, alimentando los movimientos populistas en América Latina (Ianni, 1974:63).

La perspectiva que nos ofrece Ianni permite comprender, más allá de las teleologías de la modernización, que buena parte de la lucha de los movimientos populistas estaba inspirada en el intento de emancipar “sus relaciones económicas y construir estructuras de poder consecuentes con las exigencias reales de la soberanía nacional”

(Ianni, 1980: 84). En términos económicos concretos: “una lucha por la preservación de la mayor parte del excedente económico efectivo en el interior del país, y por la realización de un índice mayor de excedente económico potencial” (Ianni, 1980: 84). La consecuencia de esta tendencia fue un importante impulso hacia la nacionalización de los centros de decisión política y una fuerte política de desarrollo nacional a través de la anulación de la dependencia económica externa.

Desde esta perspectiva es posible comprender que parte importante de la relevancia histórica de los populismos latinoamericanos ha pasado por: a) el impulso dado al desarrollo económico nacional a través de políticas de desarrollo capitalista interno y de modernización de las industrias; b) una innegable inclusión de los grandes agregados populares, ya fueran rurales o urbanos, tanto económica como políticamente; c) políticas económicas de corte reformista que permitieron el fortalecimiento de muchos Estados-nación latinoamericanos.

Estos son elementos que contradicen las perspectivas que asumen los populismos como fenómenos meramente discursivos (Laclau, 2005) o de manipulación política (como lo hicieron Germani y Di Tella), dado que la adherencia por parte de los agregados populares a las plataformas y regímenes populistas se explica no solo por el carisma personal de los liderazgos populistas, sino sobre todo por la inclusión socioeconómica posibilitada por decisiones políticas tomadas desde gobiernos nacionales.

La reformulación conservadora

En la actualidad podemos observar una tendencia en las ciencias sociales que ignora aspectos como la inclusión socio-económica y política popular, el fortalecimiento de los Estados-nación, el desarrollo capitalista hacia adentro y su efecto cascada que se presentaron en los populismos latinoamericanos, y se concentra en considerar únicamente los aspectos negativos de las experiencias populistas latinoamericanas. Esto ha redundado en una transformación conceptual del populismo que busca asociarlo exclusivamente con escenarios de desastre político e inestabilidad económica, además de intentar reducirlo a un fenómeno exclusivamente determinado por los liderazgos demagógicos y corruptos (Dahrendorf, 2005: 38; Hermet, 2001; Krauze, 2005; Loaeza, 2007: 232). De igual manera se han presentado algunos intentos de conceptualización que se concentran en considerar al populismo como una ideología simplista, fundamentada en una visión dicotómica de la sociedad: entre un pueblo puro y una élite corrupta (Mudde, 2004: 543 y 2012: 19). En todo caso, consideramos a esta última una visión muy centrada en el elemento discursivo del populismo, ya que como hemos visto, al menos en la experiencia latinoamericana, los gobiernos populistas construyeron su hegemonía con base en la inclusión no solo popular sino también de las clases medias, empresarios y élites bajo la égida nacionalista.

Independientemente de la mayor o menor rigurosidad académica de estos estudios, los mismos, transformados en propaganda, usan el miedo como arma política e ideológica. Desastre político, inestabilidad económica, corrupción, autoritarismo, caudillismos, tales son los males que se pregonan y que infunden el temor ante regresiones a formas arcaicas de dominación política y proyectos económicos.

Más allá de esto, el populismo significó aportes importantes tanto a la igualdad socioeconómica como al fortalecimiento de los Estados-nación latinoamericanos, ambos aspectos posibles bajo un proyecto de Estado que apuntaba a romper con los pactos oligárquicos y fortalecer los nuevos pactos nacionales con la participación directa del agregado popular. Debido a esto es necesario reconocer que la referencia al populismo, principalmente en América Latina, contiene aspectos que no pueden reducirse a la descripción de la relación “liderazgo-masas”, ya que en todo caso, los liderazgos populistas estuvieron acompañados por reformas políticas y económicas que en los hechos demostraron ser inclusivas de grandes agregados populares. Y es este aspecto, distante del mero éxito carismático de tal o cual liderazgo, el que explica la adhesión de grandes grupos populares a los populismos.

Por lo tanto, consideramos que pensar el populismo debe implicar un esfuerzo por entablar una mirada más amplia del fenómeno, tanto de las condiciones concretas en las que emerge, como de las distintas maneras en que se ha manifestado en esta parte del mundo². Así, aspectos claves en las experiencias históricas latinoamericanas como la inclusión social, la modernización o el fortalecimiento nacional, todos ellos cobijados bajo los regímenes populistas, parecen resultar muy incómodos para muchos pensadores contemporáneos, en tanto van a contracorriente de las tendencias actualmente dominantes. Además, consideramos que la mirada sobre el populismo debe estar más próxima a considerarlo como un propio “síntoma de la democracia” —como sostiene Arditti—, en el entendido de que éste “funciona como un elemento paradójico que pertenece a la democracia” y que “impide que ésta se cierre como un orden político domesticado o normalizado dentro de procedimientos establecidos, relaciones institucionales, rituales reconfortantes” (Arditti, 2010: 147).

Una explicación tentativa para entender las posturas conservadoras la podemos encontrar en la adhesión a los cánones del pensamiento neoliberal contemporáneo que una parte de la academia ha adoptado. Los críticos de las políticas de Estado impulsadas por los gobiernos populistas asumieron que el problema central de dicha propuesta era la intención de resolver los problemas de desigualdad mediante el uso de políticas macroeconómicas demasiado expansivas. Políticas que recurrirían al “financiamiento deficitario, a los controles garantizados y a descuidar los equilibrios

2 Un argumento similar al nuestro es presentado por Carolina Galindo, quien considera respecto a los llamados “neopopulismos neoliberales” que: “al juzgar un gobierno o a una tendencia política como neopopulista se puede correr el riesgo de desconocer las realidades que se ocultan bajo una figura carismática o un heterodoxo programa de redistribución económica” (Galindo, 2009: 217).

económicos básicos”, llevando “casi inevitablemente a grandes crisis macroeconómicas que han acabado por lesionar a los segmentos más pobres de la sociedad” (Dornbusch y Edwards, 1992: 9). En consecuencia, el pensamiento que impulsó el neoliberalismo conceptualizó al “populismo económico” como:

Un enfoque de la economía que destaca el crecimiento y la redistribución del ingreso y menosprecia los riesgos de la inflación y el financiamiento deficitario, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos ante las políticas agresivas del mercado (Dornbusch y Edwards, 1992: 17).

Esta forma de pensamiento “anti populista” también posee su expresión meramente política, donde se postula que apelar a un sujeto político plural como el “pueblo”, se vuelve un atentado contra la libertad en las sociedades latinoamericanas bajo el argumento de que no se puede distinguir de manera precisa entre el “pueblo” y el “no pueblo”, y que bajo esta categoría bien se puede justificar cualquier política de represión hacia quienes difieran del credo oficial de “pueblo”.

Por el contrario, y de acuerdo con la experiencia histórica, nosotros consideramos que en la apelación al pueblo se encuentra un llamado a los diversos grupos sociales y personas que han sido excluidos del bienestar económico y social bajo el dominio del neoliberalismo y la tecnocracia actuales. Se trata de un llamado político que se encuentra en directa contraposición a la ideología individualista que persiste en muchas de las sociedades latinoamericanas. Formas políticas que retan la conceptualización de la política como un asunto estrictamente ejercido entre y por sujetos individuales y que reviven la idea de un grupo de sujetos nombrados como un “nosotros”.

La idea de un “pueblo” movilizado, que busca generar cambios en las estructuras de poder en un Estado, representa una crisis en la hegemonía cultural asociada al neoliberalismo. Esto sucede porque las propias vías previstas para la persistencia de la hegemonía neoliberal y su proyecto político se ven rebasadas por la acción popular organizada en torno a proyectos sociales y políticos alternativos. Esta perspectiva asume también que la postulación de políticas que busquen incrementar la seguridad y servicios sociales para grupos populares no puede ser entendida más que como irresponsables, demagógicas y manipuladoras dada la necesidad de mantener el buen orden macroeconómico y un Estado reducido al mínimo. Desde esta perspectiva, las políticas económicas y sociales del Estado deberían privilegiar los balances macroeconómicos en demérito de la responsabilidad social y la dirección del Estado para equilibrar las desigualdades y limitar los límites del libre mercado.

Por ello los supuestos populistas contemporáneos son calificados abiertamente como irresponsables, como peligrosos, ya que intentan sobreponer la seguridad y los servicios sociales por sobre el orden macroeconómico, señalados como “irracionales”

al ejercer el presupuesto público para solventar urgencias sociales. Aunado a esto también es mal visto que la mayoría de los proyectos alternativos, llamados populistas, hayan señalado la responsabilidad del modelo neoliberal en las crisis económicas y sociales de la mayor parte de los países de la región.

El espejo populista y la crisis neoliberal

El proyecto ideológico propio del neoliberalismo basado en la idea de individuo racional se encuentra en franco declive. La experiencia más reciente en América Latina indica la presencia de un conjunto de nuevos actores sociales con reivindicaciones que van más allá de la idea de individuo y asumen posturas que rescatan ideas colectivas de participación y organización política-social. En la mayoría de estos movimientos, la presencia de grupos sociales populares es el impulso que ha marcado su auge y su fuerza, todos en busca de reivindicar lo mejor de su pasado nacional y de encontrar en éste una inspiración para un nuevo proyecto nacional en contra del predominio de las pequeñas élites económicas y de la economía neoliberal globalizada. Estas condiciones fundamentan la crisis de la hegemonía del neoliberalismo.

Sobre los hombros de estos nuevos grupos sociales que han impulsado gobiernos alternativos de izquierda ha pesado el calificativo de ser “populistas”. Un populismo que para muchos es sinónimo de corrupción política corporativa, de irracionalidad en el manejo de la política económica; de incivilidad, al no seguir los caminos políticos procedimentales; de demagogia, al prometer soluciones a problemas que en esencia son parte de la estructura política y social de los Estados nacionales capitalistas neoliberales. La categoría de populismo se ha convertido en el “gran otro” de la política, se ha convertido en el villano y la amenaza que promete acabar con los endebles cimientos del orden actual.

En este sentido, es errónea la conceptualización del populismo como antidemocrático, dado que es más un espacio de democracia, articulado fuertemente a la llamada “interpelación popular-democrática” (Laclau, 1977: 144). Es decir, una lucha por la ampliación del espacio de participación popular en la política oficial. En este sentido consideramos que el populismo, como señala Rovira (2011: 185), bien puede ser considerado como un tipo de correctivo democrático que otorga voz a aquellos grupos que no se sienten representados por las élites políticas, y que los fuerza a reaccionar y cambiar las agendas políticas.

Planteados estos dos elementos, es posible sostener que el llamado “populismo” se ha convertido en el espejo en donde se reflejan todos los pendientes y estragos que el neoliberalismo ha provocado durante los últimos años en Latinoamérica. Desde nuestra perspectiva esto es lo que explica el feroz ataque y la descalificación de los movimientos que se han descrito de esta forma. En experiencias recientes, los

movimientos sociales, tildados denostativamente de populistas, han mostrado llevar adelante un conjunto de reivindicaciones sociales, producto del gran crecimiento de la desigualdad y la exclusión social. El mote de populistas en este sentido parece obedecer a un mecanismo de descalificación ejercido sobre quienes elevan reclamos ante las condiciones imperantes, mostrando contradicción en los argumentos de quienes se autoproclaman demócratas y reniegan de la legitimidad de las demandas de ciudadanía efectiva y participación política soberana y popular (Aibar, 2007).

Dentro de este contexto es que se debe pensar el significado del renacimiento del “monstruo populista”, sobre las connotaciones de la satanización y la estigmatización a priori de la construcción de alternativas y luchas políticas-populares en Latinoamérica. El populismo se ha vuelto el espejo en el que el neoliberalismo y la democracia procedimental se ven reflejados y una imagen que se niegan a mirar, convirtiéndose en la contraparte necesaria de los pendientes que su acción como modelo de organización política y social han provocado.

Espejo y espejismo populista: el miedo como manipulación

42

Lo que aquí hemos denominado metafóricamente el espejo populista en realidad es un espejismo. Sostenemos que el populismo es un fenómeno histórico acotado, a lo sumo, a la primera mitad del siglo XX. En efecto fue un proceso que se corresponde con las necesidades del desarrollo capitalista que se enfrentaba a las persistencias oligárquicas heredadas del siglo XIX. He aquí el motivo por el cual los primeros análisis del populismo se hicieron desde una perspectiva modernizante y teleológica. Pero los procesos que en América Latina han desencadenado las falencias del neoliberalismo, lo que podríamos llamar su crisis, acaso tenga una naturaleza enteramente distinta al populismo clásico. No negamos que en dichos procesos se observen rasgos semejantes a los del populismo clásico, pero ello no autoriza a homologar a dos fenómenos que tienen raíces y perspectivas enteramente distintas.

En primer lugar, no son producto de la crisis de la vía oligárquico-dependiente de desarrollo capitalista (Cueva, 1977: 79-100), sino de la crisis precoz de un modelo de acumulación capitalista que apenas hace treinta años se postulaba como inagotable. No ha sido la búsqueda de una modernización industrializante el objetivo esencial de los procesos políticos observados en algunos de los países de América Latina donde han surgido gobiernos de izquierda. En el imaginario de los gobiernos progresistas más radicales se visualiza un horizonte posneoliberal, sino es que también poscapitalista. Ciertamente este imaginario se encuentra atezado por la persistencia poderosa de la división mundial del trabajo, que sigue colocando a la región como una primaria exportadora por excelencia. El extractivismo aparece entonces como una de las incongruencias de dichos procesos que al mismo tiempo postulan ideas como las de

el buen vivir. Y el extractivismo en no pocas ocasiones se justifica por las necesidades que se tienen para financiar el desarrollo, cuando al mismo tiempo la noción misma de desarrollo es puesta en cuestión por muchos de los protagonistas individuales y colectivos de dichos procesos (García Linera, 2012: 96-112).

En segundo lugar, y esto es particularmente cierto en los tres países andinos donde se observan procesos políticos y sociales desde la crítica anti neoliberal, en los procesos políticos novedosos que se han observado en América Latina a partir de fines del siglo XX existe una creciente participación autónoma de los sectores populares. La relación entre las dirigencias políticas que han encabezado dichos procesos y las masas populares que las han apuntado, así como la relación entre los eventuales gobiernos, ahora llamados progresistas y las masas, es sumamente contradictoria y compleja. Por una parte se observan atavismos verticales y centralizadores y por otra se observan acciones autónomas que incluso han cuestionado a los gobiernos y dirigencias. En Venezuela, país en el cual desde la perspectiva dominante lo que se aprecia es un creciente autoritarismo personalizado, se olvida que existen aproximadamente 40 mil consejos comunales y alrededor de 100 centros de producción en los cuales existe autogestión obrera (Azzelini, 2012). La existencia de liderazgos fuertes da asidero a la calificación de populistas que se hace de estos procesos, pero ya hemos convenido páginas atrás que el liderazgo caudillista, aunque presente en los procesos populistas clásicos, no fue el rasgo esencial de dichos populismos.

No obstante estas consideraciones y dado que el debate sobre el carácter populista de los llamados gobiernos progresistas se encuentra ideologizado, la calificación de “populista” tiene una notable perseverancia. Desde el pensamiento conservador, el calificativo acusador de populista se gana cuando no se aceptan las reglas del libre mercado y de la democracia procedimental, tal cual se han visto planteadas desde hace algún tiempo. Cualquier postura política que proponga ideas relativas a la democracia participativa y la redistribución del ingreso es satanizada con el uso de un calificativo que hoy cumple la misma función que antaño jugara el epíteto de “comunista”. Desde esta perspectiva, el uso del término “populista” en sus versiones más vulgares (por ejemplo en Mendoza, Montaner y Vargas Llosa, 2007) tiene reminiscencias de Guerra Fría. Y no es ocioso recordar que en aquellos tiempos el calificativo “comunista” era usado para amedrentar a quien lo recibía como para generar la paranoia anticomunista que se volvió en el prelude de guerras sucias. No es por ello casualidad que el término “populista” cobre importancia para los políticos y mandos militares, sobre todo estadounidenses, quienes señalan al “populismo” como una verdadera amenaza contra la libertad y la democracia. El “populismo radical”, dicen estos actores, amenaza con “socavar el proceso democrático al reducir, en lugar de incrementar, los derechos individuales”, es una amenaza encarnada por “algunos líderes de la región que explotan frustraciones profundas por el fracaso de las reformas democráticas en entregar los bienes y servicios esperados” y “están logrando reforzar

sus posiciones radicales al alimentar sentimientos antiestadounidenses en la región al apoyar estos movimientos”³.

Podemos concluir que el concepto de populismo se ha convertido de una categoría sociológica a un calificativo de fuerte contenido político e ideológico. En el mejor de los casos, en una categoría imprecisa, elusiva y polisémica. En la versión reaccionaria vulgar, el populismo es retratado de manera resumida como demagogia, liderazgo autoritario de carácter mesiánico y gasto irresponsable del erario público en políticas asistencialistas. En la versión más dura de esta acepción vulgar, el populismo sería una forma atemperada del “cavernario estatismo y colectivismo comunista” (Mendoza, Montaner y Vargas Llosa, 2007:13). Desde esta perspectiva, la categoría de populismo pierde todo su valor heurístico y se convierte en arma de ataque político e ideológico pese a que desde la teoría sociológica en América Latina se sabe que el populismo no fue sino un momento del Estado y la política latinoamericana. En ese momento, la agitación social del Estado se hizo en función de una modernización de tipo capitalista que buscaba la ampliación del mercado interno en función de la industrialización. En ese sentido, el populismo estuvo muy cerca de Keynes y bastante lejos de Marx.

En el campo académico, desde el ámbito de la ciencia política o de la sociología política, el populismo ha sido definido como un estilo de liderazgo o como una estrategia discursiva (Freidenberg, 2007; Cansino y Covarrubias, 2006). Esta interpretación tiene la desventaja de convertir al concepto en una suerte de cajón de sastre en el que entrarían los más distintos gobiernos: desde Cárdenas hasta Fox, incluyendo a Salinas de Gortari en México (Cansino y Covarrubias, 2006: 29-42); desde Vargas en Brasil hasta Chávez en Venezuela, pasando por Menem en Argentina (Freidenberg, 2007). ¿Y si en lugar de volver al populismo en un concepto totalmente elástico lo convirtiéramos en una categoría que define a una realidad más acotada? Acaso, entonces, hablaríamos de regímenes populistas propiamente dichos y de aquellos otros que tienen rasgos populistas pero que en estricto sentido no lo son. Acaso sería más fructífero en el discernimiento de los rasgos de los procesos políticos latinoamericanos actuales el evitar usar la categoría de populismo para la caracterización de los regímenes encabezados por Hugo Chávez en Venezuela, Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia. El uso de la categoría de populismo para todos estos casos, cuando se hace con propósitos de discernimiento, indagación y descubrimiento, puede tener resultados opuestos a los buscados. Puede oscurecer más que iluminar lo que se busca caracterizar.

Si en términos estrictos el espejismo es una ilusión óptica que ocasiona la reflexión total de la luz cuando atraviesa capas de aire de densidad distinta, en el sentido metafórico que aquí estamos usando no es más que una reacción ideologizada al miedo. Miedo porque el espejismo populista es también –lo hemos dicho ya-, espejo en el

3 Cason, Jim y David Brooks (2004). “Descubre el Pentágono una nueva amenaza en AL: el populismo radical”. *La Jornada*, marzo 29 2004.

que se reflejan las falencias neoliberales. Miedo a las posibilidades posneoliberales, miedo a la implantación de un modelo económico que trascienda al actual, miedo a una concepción de la democracia que vaya más allá de la procedimental, miedo a la participación popular que trascienda los cauces de la democracia schumpeteriana, miedo, en suma, al *demos*, *demofobia* (Dómenech, 2004).

¿Cómo caracterizar entonces los procesos políticos latinoamericanos actuales? Es una respuesta difícil de ensayar, dados los límites de este trabajo. La razón de ello estriba en que estos procesos políticos tienen especificidades que son tan importantes como los rasgos comunes que comparten. Existen por ejemplo, diferencias insoslayables entre el proceso observado en Venezuela y el inaugurado con Tabaré Vazquez en 2005 en Uruguay. Analizando este caso, el cientista social uruguayo Pedro Narbondo califica este proceso como uno en el que se combinan rasgos desarrollistas y de bienestar universalistas (Narbondo, 2012). El proceso argentino ha sido distinguido por Alberto Bonet como “neopopulista”, atendiendo a que si bien presenta rasgos semejantes al del populismo clásico, también presenta diferencias significativas e insoslayables (Bonet, 2012). Y en el caso de Venezuela, Ecuador y Bolivia, el elemento nacional popular de carácter radical tiene que ser un elemento indispensable en su caracterización.

Sea pues este trabajo, uno en el que discutimos la caracterización dominante de los procesos políticos latinoamericanos y el abuso del concepto de populismo. Será en otro, en el cual acaso hagamos una propuesta alternativa.

Bibliografía

- Aibar, Julio (2007). “La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño”. En *Vox populi. Populismo y democracia en América Latina*, Julio Aibar Gaete (Coord.): 19-53. México D.F.: Flacso México.
- Altman, Werner (1979). *El proyecto nacional peronista (1943/1955)*. México, D.F.: Editorial Extemporáneos.
- Arditti, Benjamin (2010). *La política en los bordes del liberalismo. Diferencia, populismo, revolución, emancipación*. México, D.F.: Editorial Gedisa.
- Arrom, Silvia y Servando Ortoll (2004). “Revuelta en las ciudades. Políticas populares en América Latina”. *Introducción*. Universidad Autónoma Metropolitana-El Colegio de Sonora-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D.F.
- Azzelini, Darío (2012). “De la Cogestión al Control Obrero. Lucha de clases al interior del proceso bolivariano”. *Disertación Doctoral*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Bobbio, Norbert y Nicola Mateucci (1981). “Populismo” en *Diccionario de política a-j*, México, D.F.: Edit. Siglo XXI.

- Bonet, Alberto (2012). "La crisis del Estado neoliberal en la Argentina". En *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas*, Mabel Thwaites Rey (Ed.): 279-302. Buenos Aires: CLACSO.
- Cansino, César e Israel Covarrubias (2006). *En el nombre del pueblo. Muerte y resurrección del populismo*. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Cavarozzi, Marcelo (1994). "Populismos y 'partidos de clase media'. Notas comparativas". En *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, Carlos Vilas, (Comp.): México, D.F: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Pp. 340-380.
- Córdova, Arnaldo (1974). *La política de masas del cardenismo*. México, D.F.: Serie Popular Era.
- Cueva, Agustín (1977). *El desarrollo del capitalismo en América latina*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Dahrendorf, Ralf (2005). "Sobre el populismo ocho observaciones". *Metapolítica* N°44, Vol. 9
- Di Tella, Torcuato (1965). "Populismo y Reforma en América Latina". *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales* N°16, Vol. 4: 391-425.
- Dómenech, Antoni (2004). *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*. Barcelona: Editorial Critica.
- Dornbusch, Rudiger y Sebastián Edwards (1992). "La macroeconomía del populismo". En *Macroeconomía del populismo en América Latina*, Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards (Coomp.). México, D.F.:Fondo de Cultura Económica. Pp.15-23
- Freidenberg, Flavia (2007). *La tentación populista: una vía al poder en América Latina*. Madrid: Editorial Síntesis S. A.
- Galindo, Carolina (2009). "Neopopulismo en Colombia: el caso del gobierno de Álvaro Uribe Vélez". En *Génesis y transformaciones del Estado Nación en Colombia. Una mirada topológica a los estudios sociales desde la filosofía política*, Adolfo Charro Arroyo y Carolina Galindo Hernández (Coord.): Colombia: Universidad del Rosario Editorial. Pp. 200-218
- García Linera, Álvaro (2012). *Geopolítica de la Amazonia. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista*. Bolivia: Vicepresidencia del Estado Plurinacional y Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional.
- Germani, Gino (1979). *Política y sociedad en una época de transición*. Argentina: Editorial Paidós.
- Germani, Gino, Torcuato Di Tella y Octavio Ianni (1977). *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México, D. F.: Serie Popular Era.
- Hermet, Guy (2001). "Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos". En *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, Guy Hermet, Soledad Loaeza y Jean Francois Prud'Homme (Comps.): México, D.F.: El Colegio de México. Pp. 13-33.

- Ianni, Octavio (1980). *La formación del Estado Populista en América Latina*. México, D.F.: Serie Popular Era.
- (1974). *El colapso del populismo en Brasil*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ionescu, Ghita y Ernest Gellner (1969). *Populismos. Sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Krauze, Enrique (2005). “El decálogo del populismo iberoamericano”. *El País*, Sección Tribuna. En <http://tinyurl.com/d689ecp> Visita 14 de octubre 2005.
- Laclau, Ernesto (1977), “*Política e ideología en la teoría marxista*”, Editorial Siglo XXI, México, D. F.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Loaeza, Soledad (2007). “La presidencia constitucional y la izquierda en el México post-autoritario”. En *Izquierda, democracia y crisis política en México*, Roger Bartra (Comp.) Nuevo México, D.F.: Horizonte Editores. Pp. 150-178.
- Mendoza, Plinio Apuleyo, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa (2007). *El regreso del idiota*. México, D.F.: Random House Mondadori.
- Mudde, Cas (2012). “Reflexiones sobre un concepto y su uso”. *Letras Libres*. Nº160:16-20. México, D.F.: Editorial Vuelta.
- Mudde, Cas (2004). “The Populist Zeitgeist”. *Government and Opposition* Vol 39: 542-563.
- Narbondó, Pedro (2012). “Las reformas de la matriz de funciones socioeconómicas y de la estructura organizativa del Estado y el sector público en los gobiernos del Frente Amplio”. Ponencia presentada en la Conferencia Latinoamericana de Ciencia Sociales en América Latina y el Caribe. México D.F.
- Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2011). “The ambivalence of populism: threat and corrective for democracy”. *Democratization* Nº 2, Vol. 19: 184-208.
- Vilas, Carlos (1994). *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.